



Caminos

Roads

Juanita Soledad Holgado Queruarucho^[*]

Después de la garúa, en la soledad de la madrugada, la silueta desnuda de la playa dejaba ver su espuma, aquellos azules tibios como miradas sonámbulas se impregnaban secretos en mi memoria. Se despedía un febrero, un tranvía y el hilo de rosas muertas. Caía en lo más profundo de un abismo tentador, mis manos lejanas desaparecieron por completo, los lápices sonámbulos y dispersos se hicieron borrosos.

De vuelta a la ciudad, me encontré en la placita con las primeras luces; de a pocos y sin reparos con pasos lentos, los silencios se fueron escondiendo y se hizo el día pleno, las calles se hicieron gigantes, el bullicio, la prosa de los andantes, la sirenas, el caos, en fin la ciudad.

Se presentaba la cuesta de bajada, del barrio tradicional de Santa Ana, entonces acelerada corría de tres en tres las gradas, muy pronto abandonaba la acera. El centro de la ciudad, como siempre, desnudaba sus calles,

el pálido mediodía me elevaba siniestra hacia las angostas arterias las que me disolvían en su historia, la piedra solitaria ardía con el sol, diversos diálogos sostenían lo cotidiano, las compras y ofertas multicolores; pinturas, tejidos, historias grabadas, idiomas, tatuajes, soledades y rincones.

Se iban revelando poco a poco las piletas, bulevares blancos y las puertas azules. Aún latente el sol, hacía que descubriera en mi vista, en medio de la altura, los techos rojos con guardianes de pucará; el núcleo creciente, expandiéndose hacia sus albores, preludio sagrado; cuán silenciosa se ve la ciudad, el cielo claro parece un lienzo encarnado.

El atardecer asomaba con una pequeña lluvia, me traslado como arena en el desierto, recorriendo con mis dedos los muros, con mis pies los demacrados enclaves, mientras unas manitos rajadas me ofrecían un deleitoso y amargo cigarrillo, manitos recién nacidas, muñecas de niña que conocen las calles

[*] Abogada por la Universidad Andina del Cusco. Jefe de prácticas de la Escuela Profesional de Derecho de la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco. Correo: juanita.holgado@unsaac.edu.pe

y sus misterios, sus angustias, y todos los destierros posibles, las historias de cada pared quieta, las palabras, los amores y despedidas, los olvidos lejanos.

Detuve la mirada en ella, mientras contaminaba el aire puro, veo callada sus mejillas rosadas, mientras intenta vender algunos chocolates, dulces, colocados sigilosos en un cuévano de paja. Le calculo la edad, fallando en mis intentos le pregunté su nombre, mintió nerviosa la supuesta Carmen, tal vez solía visitar el pequeño templo, tal vez su visita efímera olvidaba sus rezos. Tal vez era simplemente Jimena, de trenzas desechas, mirada audaz, pasos que iban revoloteando en el espacio pequeño de esa calle angosta.

Con la premura de un provector, se deslizó como de un pétalo el rocío triste. Quise hacer mil pausas, y la tarde con su silueta oculta, la ahuyentó de mi lado, quise estar segura de que llegara a casa y pueda abrazar a su madre, pero simplemente se fue alada. Quedé disuelta en aquella lluvia.

Entonces se juntaron en los cielos, nubes grises, y así, cuando el tiempo cae sobre nubes silenciosas, destellan los cielos sin soles, tal y como fue aquella tarde, todos desaparecían entre los charcos, entre los ríos de recuerdos que corren con los aguaceros, nostalgias seriales que se disipan poco a poco; y la tarde húmeda, calada en su sombra, dichosa de aroma, no sacaba de mi mente la mirada inocente de la niña, no dejaba de pensar en su silueta pequeña y frágil, tal vez tenía hermanitos, tal vez una madre, imaginé que caminaba mucho para llegar al colegio, quizá la lluvia resbaló en su cabello, o el sol ardía en su piel subiendo las cuestas.

El viento sugería seguir con mi prosa, de bajada iba por la calle, la ciudad estaba quieta, y en mis oídos el mundo en paralelo, hacía que suene una y otra vez, el acústico de: *«tengo tiempo para saber, si lo que sueño*

concluye en algo, no te apures... baja la noche y oculta la voz».

Entre las hojas revueltas y suicidas, entre los escombros de la cellisca, se siente la humedad, taciturna la encuentro mirando el reflejo de las capillas, guarecida entre los portales, la niña girasol, apagada de frío pregunta la hora, la alcanzo sin temor, mientras menciono precipitadamente ese instante crepuscular, al oír, se asusta emprende marcha, saltando los charcos, sus pasos acelerados me abandonaban una vez más, sin embargo decidí acompañarla, le pregunté si había comido, y hasta dónde caminaba su destino; muy desconfiada y de pocas palabras, algo tímida respondió con negativas, sus ojos no dejaban de ver sus pasos.

Hay reposo en el camino, de pronto la niña de los rezos, me devuelve su mirada, me dice que le gusta el colegio, que quiere ser abogada o tal vez veterinaria, que tiene que vender los dulces para llevar comida a casa, le gusta ayudar a su mamá, y regalarle carcajadas, estudiaba en el desvelo, y si el casero le apagaba la luz, buscaba a la luna; me dejó mutiladas las palabras, quedé quieta ante tanta llaneza, mis remordimientos se cansaron y cayeron por acantilados.

Se desprendía de su voz, una misteriosa alegría, y en mis manos un frío inusual, mientras llegaba al encuentro la prolongada avenida, me habló de sus hermanos, de su pequeño patio de escuela, de los juegos, de vecinos, de la señora de la tienda, de las múltiples ausencias, mezclaba sus palabras con risas absueltas, la sentí libre, transparente y tan niña, que me recordó los lugares más astillados, las espinas de mi jardín, mi edad abandonada, la ciudad de papelito, la espuma y la gracia.

Había olvidado por completo aquella etapa, entonces arremetí contra los recuerdos y los borrones adecuados, el sigilo de las palabras, las formas, las espadas que cayeron en

mi pecho, cuando se hizo cotidiano lo discreto, mientras me ahogaba entre máscaras de hielo, el disimulo de los fueros expertos, la hipocresía de la sociedad, las posturas, la falsedad de las marcas, la aprobación de la nada hacia el todo, lo absurdo de las creencias que discriminan, las jerarquías caprichosas, las risas fingidas, discrepancias lógicas, los discursos santos, el alardeo prefacio; y la niña tan sencilla, ¿quién la protegía?

Me vi desde lejos pateando los charcos, sin protocolos, la niña con ademanes ligeros

de apuro, era feliz sin reparos; se despidió agitando la mano, me sentí cristal desnudo, aventado en el mundo. Ella era tan fuerte y se forjaba preciosa.

El camino se hizo largo, el pavor del destierro impide lágrimas saladas, imprime Cristos en las cenizas.

Regresé a la casa de mis abuelos, donde se impregnaron mis recuerdos de niña, recosté mi cuerpo en la hamaca, aquella de respaldo largo, la que seguía esperado en la sombra del patio, y me abrazó la noche.